



Antonio Teruel ateruel@epi.es

De la centralita pública al whatsapp

El auge de la telefonía móvil y las múltiples aplicaciones de los aparatos actuales hacen que sea difícil imaginar cómo hace apenas 40 años gran parte de la población debía acudir a los locutorios para hacer una llamada y se podía tardar horas en establecer una conexión por la poca capacidad técnica del sistema

El tiempo y las redes sociales han dejado en un segundo plano las clásicas conexiones de voz.

Vivir ahora sin estas comodidades se antoja extraño, pero hasta hace relativamente poco el teléfono fijo era la principal forma de comunicarse de manera instantánea a distancia y, además, era un servicio caro que no todas las familias podían permitirse. Y tampoco hay que remontarse mucho más en el tiempo para llegar a la época en la que contactar no eran tan sencillo como marcar un número. Hasta bien entrada la década de 1980, en muchos lugares no era posible llamar directamente de un abonado a otro, sino que había que pasar necesariamente por centrales manuales.

En ese proceso existía una figura fundamental, la de las telefonistas. Eran ellas –había también algunos hombres, pero era un trabajo eminentemente femenino– quienes hacían posible que el emisor y el receptor de la llamada se pusieran en contacto. Para ello, el primero debía pedir a la operadora la comunicación –«conferencia» era el término exacto que se empleaba–; si era de la misma localidad, le bastaba con introducir una clavija. Sin embargo, si el destinatario era de otro lugar, debía conectar con otra central, y la mayoría de veces ésta hacerlo con otra, y así sucesivamente hasta llegar a contactar con el abonado solicitado.

Este sistema tan rudimentario comenzó a desaparecer de manera progresiva en la década de 1960, pero fuera de las grandes ciudades aún permaneció mucho tiempo. La provincia de Alicante



Dori Castelló fue la telefonista de Agost hasta 1973 y luego estuvo 26 años en el servicio de información en la central de Alicante.

ISABEL RAMÓN

HASTA LA DÉCADA DE 1980 EN MUCHOS LUGARES NO FUE POSIBLE LLAMAR DIRECTAMENTE DE UN TELÉFONO A OTRO

no tuvo su red telefónica totalmente automatizada hasta el 14 de julio de 1980, y aún así fue de las primeras en alcanzar este logro. Beniarrés, Gaianes y l'Orxa fueron los últimos pueblos a los que llegó este servicio. La automatización total del teléfono en España no culminó hasta el 19 de diciembre de 1988, con la clausura de la centralita de Po-

lupos, una pequeña localidad de la Alpujarra granadina.

Mensajeras imprescindibles

Lo precario del sistema y la escasez de líneas provocaba que en ocasiones se tardara horas en establecer la llamada. Por eso, era habitual que las conferencias se pidieran con antelación, o se realizaran en la centralita local, dotada siempre de un locutorio público. En algunas localidades, sobre todo entre las más pequeñas, la centralita podía ser incluso el único teléfono existente. En estos pueblos, una sola persona se encargaba de prestar el servicio, que solía asignarse por alguna cuestión en particular.

Fue el caso de María Inés Tudela, que se ocupó de la centrali-



Rosa Berenguer fue una de las operadoras de Callosa d'en Sarrià entre 1967 y 1970. DAVID REVENGA

ta de Alfafara durante una década, hasta que en 1979 llegó el teléfono automático. Le ofrecieron el trabajo porque con apenas 35 años se había quedado viuda y tenía cuatro hijos. «Fui una agradecida y la verdad es que estuve muy a gusto», rememora, pese a que el trabajo exigía una dedicación plena. De hecho, vivía en la misma casa donde estaba la centralita, algo bastante común en los pueblos. Debía ir a notificar los avisos de conferencia, responder a las llamadas que llegaban a la centralita –a cualquier hora– y atender el locutorio. «Era todo seguido, no te lo podías dejar», explica.

Aún es conocida en Alfafara por haber sido la última telefonista, al igual que ocurre en Beniarrés con Rosa Nadal y Rosa Moncho, ma-

dre e hija. Ambas son todavía apodadas «Rosita la de teléfonos», pese al tiempo transcurrido desde que dejaron de realizar este trabajo. Recién cumplidos los 89 años, Rosa Nadal recuerda con una pizca de ironía la celebración que se organizó para inaugurar la nueva central, que supuso que toda la red provincial estuviera automatizada. Al acto acudió el presidente de Telefónica, Tomás Allende, que estrenó el servicio llamando al ministro de Comercio y Turismo, Luis Gámir, tal y como reflejaba la crónica publicada en INFORMACIÓN al día siguiente.

Durante diez años, la familia Moncho Nadal tuvo en su casa la centralita telefónica manual, encargándose también del reparto de telegramas. Sólo la madre es-



Rosa Nadal y Rosa Moncho, madre e hija, aún son conocidas en Beniarrés por haberse encargado hasta 1980 de la centralita del pueblo. JUANI RUZ



María Inés Tudela, al frente de la centralita de Alfafara entre 1969 y 1979. JUANI RUZ



Mila González «cerró» el 14 de julio de 1980 una de las últimas centralitas de la provincia en Gaianes. JUANI RUZ



La familia de Laura y Lucía Cantos gestionó el servicio telefónico en Ibi entre 1956 y 1974. JUANI RUZ



Ignacia Julià estuvo en la central telefónica de Altea entre 1960 y 1972. DIEGO COELLO



Isabel Carbonell trabajó como telefonista en Castalla, Onil y Biar a lo largo de siete años, hasta 1977. JUANI RUZ

taba contratada por Telefónica, aunque el trabajo lo realizaban ella o la hija de manera indistinta. «La gente del pueblo solía pedir que le pusieras con alguien diciéndote su apodo y no su número; lo bueno es que nos los sabíamos», comenta Rosa Moncho. Su labor era supervisada de manera periódica por una «vigilanta» que se desplazaba desde Alicante, a donde también se enviaba a final de mes la recaudación, aunque la facturación diaria se cotejaba cada noche con la central de Muro.

Esta última localidad fue hasta 1977 el epicentro de las comunicaciones telefónicas de gran parte del interior de la provincia, ya que las peticiones de llamada de más de una decena de pequeños pueblos de la zona debían pa-

LAS OPERADORAS SE CONVIRTIERON EN PERSONAJES POPULARES PORQUE SU LABOR ERA IMPRESCINDIBLE

sar obligadamente por allí. «Al final teníamos mil abonados a nuestro cargo, más de los otros pueblos», recuerda Mila González, que comenzó a trabajar con sólo 15 años. Ella tenía varias compañeras, pero aún así la carga laboral era intensa y, de todos modos, la limitada infraestructura provocaba grandes demoras hasta establecer las llamadas, «a

veces de hasta cuatro horas, y la gente se cansaba de esperar».

Mila fue también una de las últimas telefonistas de la provincia, ya que sus suegros se ocupaban de la centralita de Gaianes. Por ello, tras automatizarse el servicio en Muro siguió trabajando en el pueblo vecino tres años más. Aún guarda los auriculares que utilizaba, así como el reloj con el que se computaba la duración de las llamadas y talonarios de los recibos donde se anotaban todos los datos.

También conserva un teléfono antiguo Ignacia Julià, que trabajó casi doce años en la central de Al-

tea. Como en otras localidades grandes, varias personas atendían el servicio, pero aún así a veces no daban abasto. «Cuando venían los barcos con el pescado era un momento muy estresante, porque los compradores querían contactar enseguida con los mayoristas y era imposible tener línea al instante». La temporada turística suponía otro pico de trabajo, pero compensaba porque era un empleo bien remunerado. «Cuando lo dejé en 1972 cobraba 1.060 pesetas al mes, que no era poco entonces».

Ignacia guarda un recuerdo muy grato de su época como te-

lefonista. «Daba gusto trabajar, porque las compañeras estábamos muy juntas y además conocíamos a mucha gente», asegura. Ella misma conoció a su marido a partir de que él comenzara a acudir al locutorio para llamar por teléfono a su familia, que residía fuera de Altea. También mantiene el contacto con sus antiguas compañeras de la zona, con las que a veces se reúne y rememora anécdotas. Una de las más célebres, explica, es que «una noche que me tocó trabajar y, de tan aburrida que estaba, llamé de madrugada a la central de Benissa».

Reportaje



A la izquierda, Dori Castelló en su trabajo en Alicante; a la derecha, Ignacia Julià con varias compañeras de Altea en 1972. ARCHIVOS PERSONALES DORI CASTELLÓ E IGNACIA JULIA

⊕ poniendo voces para asustar a la que hacía la guardia allí».

Las primas Laura y Lucía Cantos también repasan con nostalgia y muy buen humor sus años en la central de Ibi, en la que trabajaron entre 1956 y 1974 junto con Lola, hermana de Laura. En aquellos años la localidad cuadruplicó su población, y ellas fueron «el puente» entre muchas personas recién llegadas allí y sus familias. A eso se sumaba la frenética actividad generada por las industrias, aunque «al final había un trato especial con fabricantes y representantes». De hecho, Laura y su hermana se recolocaron después como telefonistas en empresas.

Populares y reconocidas

Laura y Lucía Cantos llegaron a tener cierta popularidad en Ibi por su trabajo. Además, iban a repartir los avisos de conferencia en moto. «Me sentía como una reina», afirma la primera. «Y ya que estábamos, nos solíamos dar una vuelta por ahí», añade su prima, las dos entre risas. Otra anécdota es que «como éramos de Ibi, nues-



Lola Cantos en la central de Ibi. ARCHIVO PERSONAL LAURA CANTOS

tras compañeras de otros pueblos nos pedían juguetes». O que, como la central estaba frente a la iglesia, «llamaban para pedirnos que fuéramos a ver si el cura estaba confesando». En un extremo del todo opuesto, recuerdan la dureza de la explosión de la conocida como «fábrica de la pólvora» en agosto de 1968, un suceso que provocó más de 30 muertes. Ante esta catástrofe realizaron un trabajo incansable, reconocido después, al

contactar de inmediato con las ambulancias, el hospital de Alcoy y familiares de las víctimas.

Un mito extendido sobre las telefonistas es que escuchaban las conversaciones ajenas. Técnicamente podían hacerlo y, además, eso les permitía intervenir ante algún problema. Todas las entrevistadas para este reportaje admiten que alguna vez lo hicieron, pero que jamás revelaron dato alguno a nadie. Rosa Berenguer, que traba-



Aspecto actual de la antigua instalación telefónica ibense. JUANI RUIZ

jó en la central de Callosa d'en Sarrià entre 1967 y 1970, explica que alguna vez tuvo que «avisar a alguien de que se había dejado descolgado el teléfono». También advertía «cada vez que iban a pasar tres minutos», fracción en la que se medía el coste de las llamadas.

La cooperativa de nísperos era uno de los principales clientes del teléfono en Callosa d'en Sarrià, como las jugueteras lo eran en Onil, donde trabajó Isabel Carbo-

nell. Fue itinerante, ya que por temporadas desempeñó su trabajo también en Castalla, su pueblo, y en Biar, entre 1970 y 1977. «Me gustaba, estaba bien pagado y era un empleo estable», cuenta. Recuerda sobre todo el compañerismo, aunque también lo estrictas que a veces eran las vigilantas.

Los recuerdos se multiplican en el caso de Dori Castelló, operadora en Agost hasta 1973 y que después siguió trabajando en el servicio de información telefónica en Alicante hasta 1999. Ese tiempo dio para un sinfín de anécdotas divertidas. «Me hacía mucha gracia lo que me preguntaban, pero claro, no podía reírme», señala. En 2008 las plasmó en un libro titulado «Memorias de una telefonista», lo que le permitió incluso ser entrevistada en televisión. El año pasado fue pregonera de las Fiestas de Agost, un reconocimiento máximo por parte de su pueblo que en su momento tuvo esta figura profesional, y el recuerdo que dejaron muchas de las mujeres que desempeñaron este trabajo.

Una primera oportunidad laboral muy distinta al trabajo de ahora

A. TERUEL

El de telefonista fue uno de los primeros empleos cualificados a los que pudo acceder la mujer, tal y como resalta la investigadora alicantina María Teresa Molares, que fue profesora del Departamento de Sociología II de la Universidad de Alicante (UA). «Se

la prefería por la suavidad de la voz y la atención que pudiera ofrecer». Además, este trabajo aportó condiciones de trabajo razonables, «con contratos y horarios» sujetos a regulación, aunque hace hincapié en la diferencia «entre el medio urbano y las zonas rurales». También señala las condicio-

nes estrictas que a veces tenían: «Les exigían velocidad y tener los brazos largos, para poder conectar las clavijas». Asimismo, «eran la cara visible o la voz de un servicio que no siempre era de la calidad deseada, y no era por su culpa». También destaca que «al principio, si se casaban las despedían», aunque esa premisa con el tiempo se fue haciendo más laxa o desapareciendo.

Con todo, Molares valora que «para muchas mujeres supuso un ascenso social» este trabajo, que antaño estuvo tan valorado y ahora, en cambio, «se ha devaluado y está

totalmente deslocalizado y desregulado». Alude a las actuales teleoperadoras, un empleo que conoce Alba Navalón, investigadora del Departamento de Sociología I de la UA. Lo desempeñó durante un tiempo como algo transitorio y vivió, explica, «la presión que supone tener un sueldo mínimo y que el resto de la remuneración vaya a comisión». Señala que suele ser un trabajo temporal e inestable, «donde se siguen unas condiciones duras a rajatabla y es difícil tanto crecer como crear empatía con tus interlocutores», y en el que «muchas veces se vive al límite».